

# LOS CIEGOS DE LA CORTE por RAMON GOMEZ DE LA SERNA

## VARIACIONES



La ciega del violín, por Ortega

Parece que los ciegos encuentran a ciegas la corte, a través de los caminos. Vienen a Madrid por tener derecho a estar representados en el Senado de las calles de la capital con oscilación profesional, pues Galicia tiene derecho a enviar numerosos ciegos como si su fuero especial se lo permitiera, y, sin embargo, de un sitio luminoso como Valencia no esperan muy pocos.

La parte oscura y abismática de la Península, sus túneles, sus miedos, sus congojos sin luz y el suceso doble fondo de toda montaña es representada por estos ciegos que traen inscrito en su fondo el paisaje subterráneo de España.

Cuando vienen a Madrid, no es para traer la ilusión de la línea, sino la honda convicción de que van a utilizar un derecho y a presentar una representación honrosa.

Su cachavás imponentes han ido conociendo los kilómetros y con-

se estrella toda mirada. No tiene esa camisa de fuerza que es el ver y guiarse por entre ceñidas disciplinas de miradas. El ciego suele tener una terquedad de loco y tiene más audacia al andar por entre precipicios y obstáculos que cualquier hombre con vista.

En el ciego se suele encavernar el hombre, y así como el que ve cuenta con todo, el ciego tiene la avidez hidrópica, no atendiendo límites ni fatigas.

Lo tremendo que es el ser humano se reconoce en el ciego: ser enterizo, muy formado por dentro, rico en calamidades entrañables; es decir, con doble carga de cuajo interior que los hombres que ven. Dan pavor, y, sin embargo, hay que ayudarles y conducirlos del brazo y con palabras persuasivas a través de un mundo en que es necesario adaptarse más.

Los primeros ciegos de la Historia debieron tener una aire sibileco y augur que llevaban bajo los soles más fuertes como una misión.

El ansia de hablar de lo prepotente y de lo épico, que nace entre las peñas profundas, encontraba en la elocuencia de los ciegos su retórica ideal.

Aquellos primeros ciegos llevaban en el lugar cerrado de su memoria la monótona melopeya de lo heroico e iban sembrando de heroicidad los pueblos, enardeciendo de aventura los puertos.

Leones ciegos, aquellos primeros Homeros sacaban de la oscuridad, que es como otro tiempo, el ejemplar de las conquistas y las invasiones.

Con caras de estatuas del pasado, aconsejaban al porvenir del modo más imponente. Dos estrellas, rayadas por la cicatriz, eran como planetas muertos de sus ojos, y eso les daba esa experiencia de lo que fué y que había que imitar para no incurrir en la ceguera mediocre.

Los ciegos de la Edad Media pasaban la superstición y llenan de agorerías los campos y los sótanos de los castillos.

Los ciegos, por fin, se agremian, y surgen las Hermandades de Ciegos, con ordenanzas de privilegio.

En Madrid, la Hermandad de los Ciegos consigue la exclusiva de vender los papeles públicos. Nadie sino ellos podían vender las Gacetas, Diarios de Avisos, Almanagues y toda otra clase de papeles sueltos y aleyuados.

Se llega a publicar un bando el 12 de junio de 1828, en que, para evitar que digan expresiones malsanantes los que venden papeles por las calles, se manda que sean ciegos, y al que se dedique al oficio que se reserva para éstos, aunque sea por no tener otro, se le declara vago y se le condena al oficio de las armas.

Una poesía de esa época pinta al ciego periodista con gracejo y estilo:

Carri-espornado y picoso, barbitruco y boquituerto, el un ojo medio abierto, nubarrado y tempestuoso, y el otro árido y desierto;



Segunda edición de Perico el Ciego, por Ortega

Capa color turquí con cuello de paraguay, el chaleco verdagay, pantalón de bombas, va gritando: "El Girigay".

"El Girigay", "Gurigay" de esta tarde, con la acción que se ha dado en Aragón, la sorpresa de Escaray, y el arma de Alcorcón."

Y le precede a compás su vice-sentido-porra, que de ruznes le ahorra, advirtiéndole a los demás que viene el *Ho Canorra*.

Diz la historia que este ciego es de Almagro natural, quien diz que es de Ciudad-Real; de todos modos manchego, que para el cuento es igual.

Siempre en la imprenta de bucos se afirma y aparapeta, discursando si hay Gaeta, para difundir las luces de a treinta y cuatro en peseta.

De aquel su rico arsenal sale a puro de empuellones, gritando a plenos pulmones: "De la imprenta nacional, noticia de dos acciones."

Y corre Madrid entero con su palo precursor; aquí rompe un mostrador allí da con un bollo, y atropella un aguador.

Hasta que vende el manajo de extraordinarias noticias, y llega en honra albricias a la taberna del Cojo a consagrar las primicias.

Bien bebido y mal parado con el vapor del de Arganda, con voz carifosa y blanda requiebra a la del guisado, paga, enciende, chupa y anda.

A su calle de Zurita se dirige, a donde espera su consorte la trapeza que se llama la Paqueta, y es tuerca y muy bachillera.

Aquella rígida Hermandad de los Ciegos reserva también a es-

arrancarle de las del verdugo. Mas no fue así a pesar de haberlos esperado largo rato al pie de la horca haciendo la entretenida, como dice el romance, que concluye ponderando el general sentimiento que su muerte excitó. El de los presos es muy sincero, y largo rato después de concluido el lúgubre canto reina aun en la cárcel un imponente y religioso silencio. Fuera de ella se repite también y se oye con gusto la misma jácara que es capaz, a pesar de la catástrofe en que termina, de aficionar a muchos a la arriesgada y en su opinión gloriosa vida de saltador de caminos.

Pero aun es mayor el daño que causan semejantes composiciones pervirtiendo la razón de las jontes honradas y destruyendo las bases de la moral y de la justicia sobre que descansa el edificio social. Tratando la citada jácara del sistema que seguía el héroe dice que

robaba con fantasía que a los ricos les quitaba y a los pobres socorría."

En esa Hermandad angosta, la casta de los ciegos iba adquiriendo esa monstruosidad de gran costra a la que es propicia la ceguera si no se la guía y se la reduce, pues el ciego propende a lo desmesurado más que a lo sencillo. El mismo D. Salustiano, en aquel alegato con que quiso dar más amplitud a la venta de los periódicos y conseguir que la guitarra fuese de uso más público, con ternura para el divino arte plactral, dice, refiriéndose a otra cláusula del concordato de los ciegos, "hay una muy curiosa y digna de observarse porque comprueba la conocida zolotepia, que no sin disculpa padecen estos desgraciados. Las mujeres adictas en la hermandad tienen derecho exclusivo a ciertos puestos de papeles públicos que se reputaban y aun en el día se reputan bastante lucrativos. Concedido este privilegio parecía seguir el espíritu y objeto de las ordenanzas que debería ser privativo de las ciegas; pero los ciegos lograron que se les negase si se casaban con hermanos de vista al mismo tiempo que lo solicitaron y obtuvieron para sus propias viudas aunque no fuesen ciegas. Este anatema que lanzan contra sus compañeras de desgracia que logran casarse con alguno que no sea ciego, y esta represalia con que las cominan de tomar sus mugeres en país extranjero, que tal debe parecerles este mundo que no pueden llamar suyo porque jamás lo han de ver, si bien los recomienda mas y mas a la compasión de las jentes porque indica de cuantos tormentos va en ellos acompañada la dulce necesidad de amar, prueba cuan inconsideradamente se consintió semejante anomalía en las ordenanzas".

Algo injusto resulta el opulento y claro D. Salustiano, sobre todo cuando, en su indignación por ciertos villancicos que acaba de oír, dice:

"Solo los ciegos podrían cantar



El pobre ciego, por Perca

semejantes coplas, porque carecen en general de todo sentimiento de honestidad; que esta idea como la del decoro y todas las que tienden a producir el rubor que escitan los conceptos indecentes entran por los ojos. ¡La noche es bien poco honesta: no es mucho que no lo sean los que viven en noche perpetua!"

Los ciegos de Madrid eran despotrantes, rudos, desesperados, y Gustavo Doré los pinta en el momento de romper la guitarra porque ha pasado la diligencia sin darle limosna, y Goya, recogiendo esa inmensa desesperación, ya había grabado al aguafuerte un ciego guitarrero al que un toro acuerna en lo alto, escribiendo Goya al margen una de sus peculiares lamentaciones sarcásticas, dando a entender que esa cogida le libraba, al fin, de su mala fortuna.

Hoy los ciegos son más silenciosos y se han acoplado en los resquicios y esquinas que tiene la vida. Después de aquella hora tan parlamentaria (1910), en que el



El ciego y el toro, por Goya

ciego Simarro, como presidente de un Congreso, se presentaba en la calle de Alcalá de sombrero de copa y con las grandes proclamas subversivas escritas en la tablilla del ciego, los ciegos han vuelto a la soñarra invicta, pasada también aquella hora revolucionaria en que, como todo el mundo, se sintieron soviéticos, y desde la Casa de la Luz y del Trabajo salieron en revuelta manifestación por las calles y fueron encerrados en los camiones de la Policía.

Epoca de grandes resignaciones, sin aspavientos, los ciegos han vuelto a ocupar el sillón pacífico y han entrado en una etapa catáleptica. Más mudos que nunca, no apalan a sus campanillas ni a sus salmudas. Momento de gran ruido en la calle, no pueden esperar más que la caridad del que les vea al pasar. Están como atropellados y cobijados en sus esquinas por la circulación moderna, rauda, olvidadiza, descuidada.

Ramón GOMEZ DE LA SERNA (Prohibida la reproducción.)

noso que sobre esto exista aún discusión. Porque la discusión que existe no se refiere a lo interno de esta obra, a su eventual fracaso íntimo, sino a cuestiones de escaleras abajo. Quien diga que no entiende las "Soledades" no dice, en rigor, sino que no las ha leído con mediana atención. Las "Soledades" no son ni más ni menos inteligibles que cualquiera otra obra poética; por ejemplo que las "populares" letrillas o romances del mismo poeta. En unas y otras hay pasajes problemáticos. Los hay en la más trivial conversación.

Lo que pasa es que las "Soledades" llevan un propósito distinto del que anima a la poesía inferior. Esta, más o menos, narra un suceso externo o interno, describe un objeto-corporal o sentimental—según él es, ornándolo con tal o cual guimolda y pulcro aditamento.

No tiene sentido techar de oscuro a un jeroglífico porque no se puede leer resbalando horizontalmente con la pupila de figura a figura. El jeroglífico nos invita a una lectura vertical; tenemos que calar la superficie de cada imagen, y entonces vemos que por debajo se unen las unas a las otras. El poeta ha hecho el camino en sentido opuesto: parte de una realidad y busca su transcripción poética, por decirlo así; su doble en el trascurso lírico. Esto es lo que nos da: su propósito es precisamente tapar lo real, encubrir lo cotidiano con fantasmagoría.

Las "Soledades" extreman esta duplicidad porque los hechos y objetos que buscan recamar son los más prosaicos y vulgares del mundo. Se trata precisamente de hallar para la cosa más vil su cuerpo astral, su perfil poético, su logaritmo de irrisaciones bellas. He aquí, por ejemplo, un plato con carne seca de macho cabrío, manjar de aldea castiza. Búsquese la proyección que arroja en el orbe poético, como en la atmósfera polar produce toda cosa su *Fata Morgana*. Tendremos: carne de macho cabrío; por tanto, de un macho que ha muerto, verosímelmente, viejo y no de enfermedad; puesto que es comestible su despojo. Muerto, entonces, de riña con algún otro macho. Góngora invierte esta serie de imágenes y acabará por lo que es primero en el orden natural: el aspecto visual de la carne sobre el plato:

El que de cabras fué dos veces ciento espeso casi un lustró—cuyo diente no perdonó a racino aun en la frente de Baco, cuanto más en su sarmento—(triumfador siempre en las celosas lides, lo coronó el Amor; mas rival tierno breve de barba y duro no de cuerno, redimido ya su muerte tantas vidas), servido ya en cecina, purpúreos hilos es de grama fina.

A esto llamo el cuerpo astral, el doble poético de un plato de cecina. Transfiguración. Misión jeroglífica del verso. Mallarmé.

En el gongorismo el arte se manifiesta sinceramente como lo que es: pura broma, fábula convenida. ¿Y es poco ser broma?

José ORTEGA y GASSET (Prohibida la reproducción.)

## UN LIBRO

### GONGORA-1627-1927

Muy urgido. Prisa. Como temo no poder escribir sobre Góngora en este su año centenario, espumo antiguas coplas de varia fecha, y las doy en paños menores, según me dictan sobre las octavillas de apuntes—doncellas de la memoria diría el mal Góngora—, y algún glosador exterior: doncellas, porque a la par son candidas y prestan servicio.

Como toda planta tiene, en rigor, dos raíces de nacimiento y dos polos vegetativos—el que se hunde en la tierra y el que se sume en la atmósfera—y crece a lo largo de dos sentidos opuestos—hacia el centro subterráneo y hacia las estrellas—, así la poesía de Góngora: nace "cultiva" y el *humus* del realismo poético popular y el intermedio por impuro. Se entrega a lo irreal del cultismo y a lo irreal de la inspiración plebeya, que es siempre satírico, exacerbado y grotesco. Creación y caricatura: "Soledades" y Letrillas".

La poesía es eufemismo—eludir el nombre cotidiano de las cosas, evitar que nuestra mente las tropiece por el camino habitual, gastada por el uso, y mediante un rodeo inesperado ponernos ante el dorso nunca visto del objeto de siempre—. La nueva denominación lo vea mágicamente, lo repristina y virginiza. ¡Delicia mayor que la de crear esta de recrear! Porque la recreación, donde no había nada pone una cosa; pero en el momento de nacer imprevisita, y la vieja, que recordamos a su operación endiablada. Rejuvenecimiento. Faus—Los movimientos de la poesía europea están todos descritos en Dante. Veamos qué hace Dante cuando tiene que hablar de la izquierda. Dirá esto:

Da quella parte ove il core ha la gente.

Si quiere conducirnos al Mediterráneo, nos engañará abandonando de

La maggior valle in che l'acqua si spanda.

Aligera el nombre ya un poco inerte de Nazareth diciendo:

La dove Gabriello apperse l'ai;

reemplaza el vocablo España con esta indicación:

In quella parte ove surge ad aprire Zeffiro dolce la novelle fronte, Di che si vede Europa rivestire.

De esta manera, tomada por sorpresa la realidad, herida en el flanco menos guardado y presumible, se entrega absolutamente, siempre en forma de primer amor. Es natural: la poesía vuelve a poner todo en alborada, en *status nascens*, y salen las cosas de su regazo despersándose, en actitud matinal, emergiendo del primer sueño a la primera luz.

Pero este destino esencial de toda poesía le obliga a un desplazamiento progresivo, a huir de sí misma, a regar la de ayer, a buscar nuevas denominaciones mediante más largos y abstrusos rodeos.

Gran error creer que poesía es naturalidad: no lo ha sido nunca mientras fué poesía. La antigua, la clásica, mucho menos natural que la nuestra. Ya lo he dicho una y otra vez: Homero, como Píndaro, comienzan por hablar en un idioma convencional que no habla pueblo alguno. Su tema—la mitología—tampoco es natural, sino, por definición, materia sobrenatural. Poesía no es naturalidad, sino voluntad de amaneamiento. Su historia se desarrolla en potencias crecientes de amaneamiento. A veces se le quebran las alas, y recae en la prosa para volver a iniciar el proceso de alquitaramientos sucesivos. A veces, de puro remar en el viento, se pierde en lo azul. El eufemismo se hace ininteligible. Dante es la primera potencia, con su "estilo gentil", y era inevitable que la poesía europea pasase por la enésima potencia del "estilo culto". Siglos después había de volver a rozar la misma esfera con Mallarmé. Siempre que la poesía se eleva a esta altitud reaparece la fauna clásica y habla de faunos, ninfas, cisnes, juega con los dioses...

—armado a Pan o semicapro a Marte—.

Algunos eufemismos de Góngora:

Cohetes: luminosas de pólvora saetas, purpúreos no cometas (1).

Caparazón del marisco: el justo arnés de hueco.

(1) Sobre el tema general de la metáfora, y especialmente sobre la negación como medio expresivo de ella, véase "El Espectador" (IV): "Las dos grandes metáforas".

La paloma: la ave lasciva de la cipria diosa.

La mesa: cuadrado pín.

Pájaros: cítaras de pluma. Esquilas dulces de sonora pluma.

Gallo: doméstico del Sol nuncio canoro.

Flechas: áspides volantes.

Fuego en el hogar: que yace en ella la robusta encina, mariposa en cenizas desatada.

La luz en la noche: está, en aquel incierto golfo de sombras anunciando el puerto.

El cisne: Blanca más que las plumas de aquel ave que dulce muere y en las aguas mora. (Entre paréntesis: dos de los versos mejores en que ha logrado amaneerarse la lengua castellana.)

No creo necesario establecer una relación de influjos entre Góngora y el caballero Marino. Gongorismo y marinismo y eufemismo son tres amaneamientos diferentes a que sin remedio tenía que llegar en Europa, dado el nivel del progreso lírico. Los tres son fruta del barroco. En las épocas barrocas se sustantiva el ornamento. Esto es la poesía del siglo XVII. Casi todo lo llamado clásico en poesía es, en verdad, barroquismo. Por ejemplo: Píndaro, tan difícil de entender como Góngora.

Si sabe usted un poco de mecánica—con muy poco, hasta—, entenderá usted esto: tal vez toda poesía, pero ciertamente la de Góngora, consiste en evitar la tangente. Ejemplo entre mil:

Galanes los que tenéis las voluntades cautivas en el Argel de unos ojos. (Romance CXIX.)

Se habla de la cautividad espiritual que la belleza de unos ojos produce; pero, en vez de seguir el camino recto de la idea o concepto, el poeta lo abandona, buscando la imagen adyacente que la cautividad corporal provoca: Argel, tierra de cautiverio. Esta diversión inicia otra trayectoria—la de que unos ojos pueden ser un Argel—, y así sucesivamente. Por tanto, en lugar de seguir la línea recta, la tangente que en dinámica representa la inercia, encontramos una curva: la "aceleración" que la engendra es la inspiración, la fuerza poética encargada de enriquecer, de complicar, de encurvar el camino. El Sol no hace con sus planetas otra cosa que el poeta con sus palabras: les obliga a gravitar, a proceder en órbitas, en itinerarios curvilíneos, e impide riguroso la fuga tangencial.

Góngora—maravillosa poesía de nuestro pueblo in-

humano, a diferencia de la francesa, que hasta hace poco fué siempre humana.—¿No es inhumana la pura fruición en el puro mineral de la imagen?

Léase con un poco de buen sentido nuestro Parnaso del siglo XVII e inténtese, partiendo de él, reconstruir el tipo de alma que lo ha traído. El que haga esta experiencia acabará echándose las manos a la cabeza, sobrecogido de espanto.

Cuando Góngora quiere tocar lo humano, produce un lirismo canalla, como el del romance XXXIII. (Cito según la "Biblioteca de Autores Españoles": no tengo otra edición, salvo la nueva de las "Soledades", hecha por Dámaso Alonso (1). No soy erudito.)

Lo mejor de nuestra poesía, por tanto, lo mejor de Góngora, tiene un carácter de exuberancia inconfortable para todo el que sea medianamente psicólogo. Recuerda la escultura de la India, que en formas intrincadas, frías y locas, cubre a lo mejor la ladera toda de un monte. Es lo informe y lo caótico dentro del afán mismo que quiere crear formas. Se ha dicho que esa exuberancia de toda la vida indostánica le da un sentido vegetal. Es la selva que se ahoga en su propia fecundidad.

No puedo leer a Góngora—como a Lope—sin sentir a la vez fervor y terror. Porque en ellos lo egregio y perfecto confina siempre con lo bárbaro y atroz. El "culto" Góngora tenía un alma inculta, rústica, bárbara. Imagina uno sus amores con mujeres que no se lavaban, envueltas en muchas, muchas faldas de telas muy toscas. Es penoso; es azorante, recibir una imagen divina, como algunas de Góngora, arropada en un tufo labriego y de redil.

No se comprende cómo un beneficiado de Córdoba en los siglos XVI y XVII—lénense estas palabras de su exacto sentido—pudo encontrar dentro de sí la exquisitez inculcable, la aérea elegancia que revelan las dos octavas siguientes. En la primera pide al conde de Niebla que interrumpa un rato la caza altanera para oír versos:

Templado pula en la maestra mano El generoso pájaro su pluma, O tan mudo en la alcáncara, que en vano Aun desmentir el cascabel presume; Tascando haga el freno de oro como Del caballo andaluz la ociosa espuma; Gimo el lebril en el cordón de seda Y al cuerno en fin la cítara sucede.

En la segunda se abre un paisaje vespertino:

Mudó la noche el can: el día dormido De cerro en cerro y sombra en sombra yace; Bala el ganado; al misero balido Nocturno el lobo de las selvas nace; Cébase y fiero deja humedecido En sangre de una lo que la otra pace. Revoca Amor las selvas, a su dueño El silencio del can siga é el sueño.

Góngora es, ante todo, las "Soledades". Es bochor-

(1) El prólogo a esta edición me parece lo más pulcro que se ha dicho sobre Góngora.